

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARIA QUADRADO.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

SOLUCIONES Á MEDIAS.

Contra la prediccion atribuida á Napoleon I de que la Europa dentro de medio siglo seria ó cosaca ó republicana, el atento estudio de los acontecimientos en el citado período ha dictado y erigido casi en axioma una observacion diametralmente opuesta: que los partidos extremos se agitan y los partidos medios conducen y triunfan definitivamente, que aquellos siembran y estos recogen. Y buscando en las leyes mecánicas la analogia con las morales que rara vez ó nunca falla, se ha creido hallar la esplicacion de este constante fenómeno en la diagonal resultante de dos fuerzas que obran en distintas direcciones.

Del hecho ha nacido la idea de explotarlo; y de la esperiencia, considerada en los resultados mas que comprendida en las causas, surgió la escuela doctrinaria, fundada por hombres decididos á dominar á todo trance sin obedecer á convicciones fijas, sin inspirarse en poderosos y grandes sentimientos, sin satisfacer profundas é imperiosas necesidades, sin ocuparse de inquirir la verdad y la justicia ni por lo menos la conveniencia y la opinion pública, sino atentos á seguir cuidadosamente la línea del justo medio equidistante de los extremos. *Ni tanto ni tan poco* es la fórmula de sus pensamientos y la norma de sus actos, doble negacion indecisa y vaga, en unos casos absurda, en otros inicua, y á la vez poco satisfactoria á las partes que se in-

duce á transigir. Cortar por medio las cuestiones no es resolverlas; no siempre está en el medio la razon, como no siempre reside en el centro del volúmen de los cuerpos su centro de gravedad, fuera del cual no hay equilibrio posible. Así ha resultado tan estéril tanto en España como en la mayor parte de los estados europeos el largo y apenas interrumpido gobierno del doctrinarismo, sin afianzar nada ni siquiera su poder, sin poner de acuerdo á sus mismos adeptos siquiera, dejando en pie los mas árdulos y formidables problemas, y añadiendo pábulo de dia en dia á sus querellas intestinas y á la irreconciliable guerra, de los que por uno y otro flanco le combaten.

A la vista está: ¿qué nos ha legado en treinta y cinco años en que han predominado alternativamente sus diversos matices? Nada de lo nuevo ha adquirido solidez, y la ha perdido lo antiguo, aun aquello que al parecer se habia respetuosamente conservado. Esos árboles venerables y frondosísimos, que se diria haber nacido con el suelo que los sustentaba y que solo con él pudieran morir, la unidad religiosa, la monarquía hereditaria, el carácter y la honra de la nacion, los ha barrido de un soplo el huracan revolucionario, y tan sin estremecimiento como si de tiempo atrás estuvieran aserrados por el tronco. Han dejado vivaces y hondas raíces ¿quién lo duda? y retoñarán lozanamente, esta es nuestra esperanza: pero entretanto ha bastado una pequeña secta de descreidos apóstatas para des-

ahogar y aun para erigir en ley su aversion al catolicismo, una turba ciega instrumento de oscuro club para volcar un trono de doce siglos, un puñado de descontentos ambiciosos para sumir en el descrédito la dignidad y hasta la sensatez de la España.

Y qué ¿se juzgaria remediarlo todo con restablecer nominalmente las instituciones fundamentales ó reparar con vanos homenajes los quebrantos que han sufrido? Tanto valdria reponer en el hoyo los cortados troncos y darles copioso riego, haciéndose la ilusion de que con él han de echar otra vez raices y reverdecer las marchitas ramas, y olvidando que en vez de sombra y apoyo ofrecerian con su inminente caída un incesante peligro. El vigor para recobrar su primitiva pujanza debe venirles de su savia natural, y su espontáneo crecimiento no necesita mas cooperacion que un inteligente cultivo y una solícita defensa. Pero ¿quién las defenderá con brío y cultivará con acierto que por conviccion y por sentimiento no las estime y las venera, quién que no sea entrañablemente católico, entrañablemente monárquico y tradicionalmente español?

No, el remedio de la grave perturbacion religiosa introducida en España y que la estremece desde sus cimientos, no está en enfrenar á la vez el desbordamiento de la impiedad y las supuestas invasiones de la teocracia, en protestar alejamiento del error cuya enseñanza se favorece ó almenos se tolera y respeto profundo á la verdad á cuya expansion se oponen trabas y recelos, en seguir finalmente ese empírico sistema de tira y afloja que sin desarmar las iras revolucionarias contraria las aspiraciones y conculca los derechos de los creyentes. Independencia es lo único que reclama la Iglesia en el ejercicio de sus facultades y lo único que necesita para el cumplimiento de sus altos destinos; á la política no le pide sino libertad, de ninguna manera favor ni patronazgo; á la sociedad, cuanto ascendiente reciba de ella, se lo retribuirá con usura en ilimitados beneficios. Las desconfianzas regalistas, la influencia civil disfrazada de proteccion, pertenecen á lo pasado y

no tendrian en la actualidad razon de existir, dado que nunca la hubieran tenido; el divorcio completo de ambos poderes y el ateísmo del estado solo convienen á la revolucion que los proclama y que esforzándose en estirpar toda creencia funda en el vacío de ellas la estabilidad de su desastroso imperio. Por medio de ambos escollos está trazado el camino, no como lo han andado tortuosamente nuestros doctrinarios tropezando á veces con el uno y á veces con el otro, sino marchando por él con franqueza, con seguridad, sin hipócritas homenajes, sin hostiles prevenciones, con recíproca libertad fundada en el mútuo respeto, en la fé sincera y en la rigurosa justicia.

Tampoco es salida, no, de la anómala situacion en que estamos, monárquica de nombre y republicana de hecho, el advenimiento de un monarca, si con el monarca no retoña al mismo tiempo la monarquía. Hasta los autores de la novísima constitucion democrática han reclamado para la institucion sus *atributos esenciales*, los cuales si no son otros que los que se le han reconocido en el anterior reinado, escasa fuerza podrán dar á su autoridad y efímera consolidacion á la dinastía. Pero si aspiran á conservar un mero título, poco tendrán que añadir, en punto á descartarlo de la realidad, á la obra de sus antecesores; nada tal vez, si no acumular á la merma de facultades y á la restriccion de iniciativa el descrédito de una corona conferida por eleccion, y mediando los mas desventajosos precedentes, á quien de hecho ya no posea su poder ó su prestigio. Es necesario saber de una vez terminantemente si el rey nace ó si el rey se hace, si es de veras irresponsable, ó bien amovible á voluntad de sus súbditos los menos en número y los mayores en audacia; si puede tener pensamiento propio y voluntad personal, ó si ha de ser un simple maniquí de los partidos, por no decir un flúido que marque los grados de lo que convencionalmente se ha dado en llamar *opinion general* subiendo ó bajando segun la presion de la atmósfera. Entre estas dudas y fluctuaciones hemos visto desde nuestra infancia arrastrarse los

gobiernos sin que ninguno haya tenido aliento de resolverlas; y ellas nos han traído á esta incalificable anarquía.

Soluciones á medias no son soluciones, son marañas que complican el enredo. Distante estoy por esto de apoyar la exageración que desvirtua las ideas y los excesos que desacreditan las mejores causas; lo apasionado, lo violento, lo furibundo nada tiene que ver con lo consecuente, con lo justo, con lo sincero, antes bien se excluyen mutuamente. Ni la discreta moderación y suave templanza son siempre patrimonio de los partidos medios, ni son peculiares de los extremos la energía y firmeza de convicciones. Los principios no van anejos á personas ni á fracciones determinadas por mas que se empeñen estas en apropiarse exclusivamente su representación; se mantienen fijos, inmóviles, indeclinables en su terreno, mientras que los hombres evolucionan al rededor suyo, situándose mas atrás ó mas adelante, atacándolos ó defendiéndolos, y hartas veces quebrantándolos á sabiendas ó sin saberlo cuando mas creen ó proclaman sustentarlos. La satisfacción de las mas graves necesidades que se presentan en la vida de los pueblos, el desenlace de las cuestiones mas difíciles, el cumplimiento de las mas altas misiones, á nadie están vinculados individual ni colectivamente; y la mas apremiante en la actualidad es reorganizar la España restituyendo el paralizado vigor á sus fuerzas mas vitales, el catolicismo y la monarquía, y depurando para que se combine con ellas sin emponzoñarlas ese que á falta de nombre mas propio llamamos *espíritu del siglo* y que en su legitima acepción todos quien mas quien menos reconocemos indispensables para la vida de la nación, si ha de salir al cabo de esa serie interminable de revoluciones ó delirantes accesos y de reacciones abrumadoras. Á los partidos medios estaba señalada esta misión, y en tantos años no han sabido y aun no sé si han cuidado de cumplirla. Sea quien fuere el partido al cual la reserve la Providencia, ni realizada á medias será permanente, ni intentada con extremos será realizable. ¿Cuándo reinarán unidas esas que en

representaciones alegóricas vemos juntas tan amenudo y tan raras veces hermanadas en el gobierno de las naciones, la prudencia y la justicia; la moderación y la fortaleza?

J. M. Q.

AL IRIS DEL PUEBLO.

Ocúpase el *Iris* en términos relativamente mesurados del artículo *La Reaccion* publicado en el último número de *la Unidad*. Que no esté conforme con mis apreciaciones lo comprendo perfectamente; aunque la reaccion la invocan, como creo haber demostrado allí, los mismos hombres de la situación, y no hay partido que no sea acusado de fautor de la misma por otro mas avanzado. Pero que yo identifique la reaccion con persona ni con bandera alguna, es una grave inexactitud que desmiente el contexto del artículo; ni tiene nada que ver con los clérigos *armados de punta en blanco*, no con la generalidad que maliciosamente supone, y cuya conducta altamente se reprueba en otro artículo del presente número. La índole puramente religiosa de mi publicación no juzgo que le impida ocuparse de las cuestiones sociales y aun si se quiere de política general tan ligadas con el catolicismo, en region muy superior á la densa y nefítica atmósfera de los partidos. En cuanto á los *sendos miles de reales* que me echa en cara, no los percibo del gobierno ó de la nación para defender la revolución ni la reaccion sino para cumplir con mis deberes de archivero general, y no creo que me obliguen á ser un autómatas sin voz ni voto ni pensamiento propio. A la plaza de un cuerpo facultativo mal podrá negarse el respeto que se reclamaba en tiempos menos libres para la cátedra del Sr. Castelar.

J. M. Q.

LOS MANSOS Y LOS BRAVOS.

Ó EL DOCTRINARISMO Y LA BLASFEMIA BRUTAL.

Parecerá extraño el epígrafe de este artículo, y sin embargo responde con propiedad á una idea exacta. Hay en efecto un modo de blasfemar culto, habilidoso, formal y dogmático, á cuyo amaneramiento se acomoda lo que con razon se llama doctrinismo; y tambien es conocido el blasfemar de los ofuscados radicales. Unos y otros se parecen, como se parecen las aguas mansas y las aguas alborota-

das. Dios nos libre de las primeras; de las otras nos aparta su hedor ó su bramido. La escuela mansa forma su estudio aparte de las demás; tiene academias, de tono principalmente, de formas y de estilo, colocándose con cierta maestría en lo que pasa, aunque no lo es, por justo medio, porque en verdad las mañas y arterías no son buen medio para ningún fin, ni puede ser justo emplear tales recursos en ningún sentido.

Y quien arriesgara una campaña por negar la existencia de la indicada escuela ¿no pagaría muy cara la resolución de comprometer su honradez, esponiéndola á pruebas terribles de consecuencia, de fuego y de sangre? Dado pues el caso con todo su fondo pésimo, con sus funestos accidentes, con su calor, vida y movimientos, conviene advertir que la escuela de las transacciones empieza por erigirse en magisterio perpétuo y en regulador dogmático de los tratados y de los proyectos, de los acuerdos y pretensiones; y así decide los puntos de dogma y de moral, como determina qué puestos y lugares, qué tiempos y circunstancias han de servir de norma ó de ocasión para las constantes evoluciones que sin cesar la entretienen.

Sabe también el cuanto, el más y el menos de las cosas, por la razón sencilla de que no sabe ni se atempera ni se paga del ser mismo ni de la especie de materias que sujeta á su dominio. Con tal de resolver en circunstancias determinadas según el superior criterio de un justo medio, que ni es medio ni justo, poco importa á esos señores académicos el sacrificio de la verdad, de la justicia y de la prudencia. El caso es aparecer formales, doctos, graves, hombres apuestos que, si llegan á irritarse en la pelea de oposición, disponen en el mando, y con una templanza que asusta, lo mismo de lo que pertenece á Dios que de lo que se debe al César.

Esa especie de cultura y ese género de orden traen consigo la perturbación latente, la corrupción mansa y la venta del justo á precio de una especie de negociación respetuosa, mil veces más perjudicial que las perturbaciones ruidosas y alarmantes.

¡Qué dolor! Pasan años y décadas de años sin que los hombres honrados aprendan á conocer el doctrinarismo, ni de él temen ni siquiera recelen. Y no obstante, el culteranismo de la ciencia, de la religiosidad, de la falsa devoción, del orden, del magisterio y de la justicia, viene talando y destruyendo cuanto hermosea la sociedad, no á manera de quien incendia y degüella, sino al modo de quien sangra y limpia el sudor á la víctima desmayada.

Por tales señas es conocido el doctrinarismo. De seguro que no hablará contra Dios con la rudeza del hombre tabernario, ni dará á su ademán la fiereza del iracundo, ni mostrará despecho; y sin embargo él fingirá un Dios, á quien le adornará de atributos determinados que sirvan á la escuela y al sistema de la escuela, ya para invocarlos, ya para tenerlos como en reserva de lo que puede sobrevenir. Así es que el doctrinarismo, serio y ágil á la vez, toma actitudes de dignidad y de soltura siempre que es menester decir: «Ahora! aquí! ni ustedes, ni los otros! la razón, la justicia, Dios y el mundo, todo, todo me está sometido.» Y si la blasfemia es alarmante, brutal y asquerosa, él, el doctrinarismo levantará su voz acompasada, magistral y severa para condenar el exceso, que llamará *imprudencia*. Mas cuando la Iglesia, el obispo, el cura ó el *neo* clamen contra la blasfemia, se repondrá el doctor, y llamando al orden á las generaciones posibles, dirá con entonación de moderante académico: «Está bien! pero!... Es verdad! con todo! las exageraciones! Hace el papa lo que debe! pero no es tiempo. Cristo es Dios! pero no conviene decirlo ahora ó decirlo como se dice! El *Syllabus*, el *Syllabus*! bien! mas tales y tales proposiciones!...»

Por manera que el doctrinarismo, sistema sin doctrina y sin magisterio, llama á sí todos los expedientes, se constituye en doctor infalible hablando siempre *ex cathedra*, y acaba por fijar, por resolver y determinar el ser y el modo de ser de todas las cosas, sean humanas ó divinas.

¿Qué importa á la causa de la verdad que se la hiera y abofetea rodilla en tierra ó airado el agresor? Tal vez es más honda é incurable la herida causada desde las gradas del penitente con ademán de humillación, que la inferida desde la tribuna en son de burla y de altanería.

Tomen acta de estas observaciones los hombres honrados, y no se dejen alucinar de mansas palabras y de formas cultas, medio seguro de ejercer sobre los sencillos el predominio de una prudencia desoladora. Bien seguro es que, dada la condición de las cosas humanas, ha de sacrificar mayor número de víctimas la templanza de los egoístas suspicaces que el desenfado brutal de la impiedad descarada. Suele despreciarse al hombre mentecato, al paso que se rinde homenaje al grave doctrinario siquiera por el aire de solemnidad con que barniza sus designios.

No hay cosa más parecida á la majestad ni más semejante al decoro que el porte ceremonioso del doctrinario. Hace como que respeta las gerarquías,

al mayor, al anciano, la autoridad y el orden; llegando á reflejar en su exterior un *purismo* de honradez y de religiosidad que dejaría mal parada á la virtud misma, si la sólida virtud no recelara de tanta habilidad en fingirla y de tanta maña en su plantarla. Como hayais dicho la última palabra sobre estas argucias, tened por averiguado que la escuela doctrinaria escribirá vuestro nombre en su libro verde y con lápiz rojo para teneros apartados de su comensalidad. Guarda para los amigos prudentes el sitio de preferencias señalados los huecos y márgenes del registro con tintas de un azul lisonjero. *Et voilà tout.*

Dejemos pasar y que pasen pronto las tormentas. Pero no seamos culpablemente candorosos esperando salud de los acomodamientos doctrinarios. ¡Ah! si volviera á entronizarse el sistema de respetos y de sonrisa que tanto ha menoscabado y tan hondas heridas ha hecho en el corazón mismo de la sociedad cristiana, preciso sería empezar de nuevo con funciones de desagravios contra las ofensas íaimadas que parecen ósculos de paz y firmas de alianza, cuando son realmente pactos de la astucia con miras de un monopolio funesto.

Fácilmente se comprende la ilusión de muchas gentes que todavía miran hacia el claro oscuro de los matices políticos, creyendo que la luz del espacio puede graduarse como la de los contornos de un cuadro. Lo que no se comprende es que los mismos autores del prisma conserven el valor, y se muestren de nuevo como amigos, fieles vengadores y apoderados naturales de la sociedad agraviada y entristecida. Y he aquí el resorte. Como aun en casos desesperados siempre cabe algún género de consuelos, sabe la escuela doctrinaria el modo de acudir á tiempo, y de explotar ya las pasiones de amor ó de odio, ya los arranques de genio ó el desmayo de los partidos, poniéndose de parte de los afortunados ó de los abatidos según que se inspira en el cálculo, en los lanceos y circunstancias.

Que no lo olviden los guardadores del santo depósito; que lo entiendan los desprevenidos. El triunfo de la iniquidad no se afirmará por la iniquidad desafortada; el triunfo de la iniquidad se hace crónico en manos del operador que sabe graduar la fuerza del corrosivo.

Pasados en vano los tiempos de lisonjeras promesas, justo es ya colocarnos en el de los recelos y cautela. Siempre se acercó á nosotros el doctrinarismo, pareciendo á veces que formaba en nuestras filas y era uno con nosotros; mas apenas había hecho la suerte en gloria suya, cuando nos mi-

ró de reojo dejándonos á un lado para otra ocasión. Pues bien, la ocasión se presenta ahora. Viene hacia nuestros reales la escuela doctrinaria, habla como nosotros, invoca, si no todo lo que nosotros invocamos, al menos toma en cuenta cosas venideras que no acata como nosotros. Parece ingenua, despreñida, atenta y respetuosa, con aire y ademanes de tradicional y reverente, y sin embargo codicia reunir en limpio grano la mies que corta la revolucion. Sino, ¿qué deshizo nunca de las obras levantadas por la revolucion? ¿qué pilares unió de los desencajados por la palanca revolucionaria? ¿edificó por ventura sobre las ruinas causadas? ¿volvió por los fueros conculcados, por la verdad completa, por la justicia pura y sin reservas? ¡Sí, sí! hizo como que reparaba, barnizó sus obras con vistoso colorido, semientonó la vida pública, ordenó á su manera para sí y en provecho de una fracción determinada las cosas que andaban en confusión lamentable, dobló la rodilla en demanda de gracias, de concesiones ó de perdón, con ánimo de ganar prestigio. Hizo esto y mucho más que esto, es verdad. Pero ¡ah! reservó para sí el arreglo, el gobierno y la dirección de los asuntos civiles y eclesiásticos; y creando un *oficialismo* absoluto en su forma y accidentes, á él sometió asuntos, casos y resoluciones de estraña competencia con la habilidad muchas veces de poner al episcopado en aprietos cuyo recuerdo contrista.

Así, así ha procedido la escuela doctrinaria. Aterra menos al atento observador una sesión de cortes donde blasfeman los mentecatos, que un consejo doctrinario donde se formulan pactos y se firman tratados, cuyas hojas y cláusulas caen una por una á impulso de reales órdenes espedidas en sazón conveniente, unas publicadas, otras á tapadillas, que obligan y se cumplen con lesión de los derechos de la Iglesia.

Que venga pues la sinceridad del respeto á las cosas santas, ó que la lucha sea clara, ingenua y bien determinada entre la Iglesia y sus perseguidores francos. Nada de medias verdades que envuelven errores funestos. Nada de confusiones ni de maridajes entre el bien y el mal. Nada, absolutamente nada de protecciones que deprimen y de honras que humillan.

Jaen dia de San Pedro, príncipe de los apóstoles, 1869.—El obispo.

Como respuesta la mas elocuente á las aventuradas aserciones é injustos cargos de la circular del Sr. Ruiz Zorrilla contra el clero general, insertamos los mas notables párrafos de la esposicion dirigida al ministro por los ilustrados redactores eclesiásticos de la *Revista Católica* de Barcelona, abundando en su elevado espíritu y en sus sanas doctrinas que no son otras que las de la Iglesia, las del episcopado y las del sacerdocio en su inmensa mayoría.

ESCMO. SR. RUIZ ZORRILLA.

Escelentísimo señor: Mucho antes de que V. E. levantara su voz protestando contra los sacerdotes de un Dios cuyo espíritu es paz, que empuñan en los campos de la península el instrumento de la guerra, esta redaccion, la única quizá en España constituida por eclesiásticos, habia combatido enérgica y contundentemente las teorías que proclaman la confusion, la solidaridad entre una bandera terrestre y la causa del cielo; entre un partido, cualquiera que sea su origen y procedencia, y la Iglesia católica bajo cuya proteccion maternal caben todos los hombres de buena voluntad que acepten la fé y la moral por Jesucristo establecidas. En nuestro concepto, excelentísimo señor, no son los campos de batalla lugar á propósito para sentar las bases del reino de la caridad, ni la boca del invento de Chassepot donde puede tener eco la palabra misericordiosa del Redentor y las fraternales predicaciones del evangelio.

El cristianismo no inflama jamás el espíritu de la guerra: el primer himno que entona el sacerdote en el altar es una declaracion de paz, la misma con que los ángeles anunciaron al mundo la venida del Redentor.

Nos hallamos completamente de acuerdo con V. E. en que es repugnante y anticristiana la actitud del clérigo que, trocando la espada por la cruz, ó levantando la cruz con una mano y con otra la espada, deserta en el primer caso de la bandera del amor, y establece en el segundo una mezcolanza asquerosa y un maridaje indigno entre el símbolo de la muerte y el símbolo de la vida.

Cuando V. E. habrá recogido los datos que suplica del episcopado, el exiguo número de los que tal conducta observan llevará á su ánimo la persuasion de que el clero en general, esta clase que V. E. califica de respetable, protesta con su ausencia del campo de la lucha contra la conducta de esa docena de compañeros divorciados del espíritu de la paz y de la caridad.

La estadística es elocuente siempre, y lejos de temerla los que conocemos á fondo el espíritu y las virtudes de la sufrida clase á la que nos cabe el altísimo honor de pertenecer, esperamos que ella hará luz para que santa justicia nos sea hecha por la opinion pública.

En períodos de libertad absoluta como el que atravesamos, las pasiones políticas se creen en el derecho de multiplicar los hechos que favorecen la consecucion de sus fines; y mas por desgracia de la libertad que de la religion, hay quienes se empuñan en establecer un divorcio entre el clero y el pueblo, entre la Iglesia y la sociedad, entre el catolicismo y la civilizacion. Estos aprovechan la aparicion de un sacerdote en el campo en el que no es llamado, para gritar desaforados: «*He ahí la legión!* Mirad el clero: ved como abandona el templo y el altar para mezclarse en nuestras contiendas y tomar parte en la política exacerbante»

Pero, excelentísimo señor, el ministro de Gracia y Justicia, que ha de ser la norma y el modelo de la rectitud en el juzgar, ya que naturalmente preside la magistratura que por carácter es sensata y concienzuda; el ministro de Gracia y Justicia, llámese como se llame, no tiene por criterio las pasiones populares, y sabe que un clérigo ni una docena de clérigos no es el clero; y por lo tanto no dice *el clero está en campaña*, porque un canónigo y una docena de curas sin representacion social se hayan puesto al frente de unos cuantos centenares de combatientes. No, el ministro de Gracia y Justicia al reunir los datos que desea la hará completa al clero, que está dando en este período un espectáculo de prudencia, de sufrimiento y de patriotismo que la historia apreciará debidamente.

Pues, sin las virtudes religiosas y patrióticas del clero, en correspondencia con la buena voluntad de algunos gobernantes, ¿se mantendrian las relaciones de la Iglesia y del estado, despues del cambio radical que en el modo de ser y de relacionarse han sufrido las instituciones patrias? Sin la eminente prudencia de los obispos y sin las predicaciones de mansedumbre y de sacrificio, ¿no seria mayor la efervescencia de los ánimos en la region de los hombres fervorosos, tradicionalmente creyentes, que han visto suprimida la unidad católica, proclamada la libertad de cultos, y que han oido como en alta voz y desde el augusto santuario de las leyes se dirigian ataques terribles contra el Dios del universo, el Redentor de los hombres, la Iglesia del amor, la Madre de Jesucristo, y los ministros de su misericordia? Y cuando los sacramentos de la Iglesia, que el pueblo español está acostumbrado á considerar como el manantial inagotable de la vida del espíritu, han sido presentados como objeto de una mercancía indigna y la religion como una industria vulgar, ¿es posible, excelentísimo señor, que á nadie se oculte á cuántos grados hubiera subido el termómetro de la exaltacion religiosa, si la llama del amor que el sacerdocio conserva en el templo para mantener vivas en el mundo las dos faces de la caridad, se hubiese aplicado á los tremendos combustibles que la pasion antireligiosa va haciendo en el seno del pueblo español?

Dígnese V. E., señor ministro, dirigir su observacion preciosa á la actitud espontánea de los ánimos, tomar en cuenta el terror con que han sido

recibidas por la opinion pública las blasfemias religiosas, la indiferencia con que han sido acogidas á pesar de la novedad las primicias de las sectas disidentes, haber razon del fervor religioso que se ha encendido en algunos espíritus hasta hoy indiferentes; y reconoce á sin duda que si el sacerdocio no hubiese estado á la altura de su mision, podría haber explotado en pro de bajas miras grandes y terribles elementos.

Mas no ha sucedido venturosamente así; si en la defensa de las cosas religiosas se ha usado un lenguaje virulento, apasionado, acentuado por una tinta que no es de caridad, véase quien es el controversista, y reconozcáse que no lleva por traje la sotana. ¿Qué pastorales, escelentísimo señor, pueden señalarse como incentivo de guerra? ¿qué artículos en *Boletines eclesiásticos* insertos pueden calificarse de chispas para enardecer los campos en España? ¿De dónde han partido los gritos de *viva!* proferidos como intróito de la guerra civil? No del clero, escelentísimo señor. Y esto que no ha de ocultarse á su lúcida mirada que esta clase venerable es el objetivo de las sátiras mas picantes, de los apodos mas abominables, de las invectivas mas maliciosas, y que el sacerdote católico es presentado á las turbas coronado de ignominia y con el rostro desfigurado por las salivas de todas las injurias y de todas las fábulas, como el *Ecce Homo* arrojado á la expansion de todas las iras y al desahogo de todos los odios.

Si recuerda las ciencias que ha cultivado, se la acusa de haber querido para sí toda la sabiduría; si recuerda la proteccion dispensada á las artes, se la acusa de haber sido ambiciosa hasta el punto de monopolizar el genio; si recuerda las larguezas de su beneficencia, se la acusa de haber amamantado la ociosidad por la caridad; si recuerda su consecuencia doctrinal, se la acusa de impedir con la inmutabilidad de sus principios religiosos la marcha del progreso político; si recuerda sus obras y sus trabajos, se la acusa de preponderante en los destinos humanos; si recuerda su abstencion en la organizacion de los pueblos, se le acusa de parásita y estéril; si recuerda sus virtudes, se la acusa de hipócrita.

Y sin embargo esta clase, firme en sus convicciones, llena del espíritu de su fé, como quien sabe que no es el imperio de la tierra ni la gloria del mundo la herencia que el divino Maestro le dejó, permanece tranquila, serena en medio de la tempestad, segura de que Dios premiará los trabajos de su apostolado, y confiada de que la humanidad misma hará justicia á la rectitud de su conducta y de sus intenciones.

Y si levanta su voz poderosa contra los errores, es porque son estos el veneno que lleva la muerte á la paz de sus hijos, y que sembrando inmoralidad en los corazones retarda el dia de la justicia universal.

Porque ¿de qué serviría el sacerdote en la tierra, si no velara por la integridad de la doctrina y por

la pureza de las costumbres? ¿De qué serviría el sacerdocio, si no sostuviera esta doctrina que V. E. califica perfectamente de «sana y verdadera», en cuya conservacion «la Iglesia se ha distinguido en todos tiempos?»

De todo lo dicho, escelentísimo señor, yo infiero que el clero tiene una mision augusta, que la mision del clero es el apostolado.

Que el sacerdote debe ser apóstol, nada mas que apóstol, puesto que siendo apóstol es todo lo que de él exige ser el divino Maestro; no debe ser guerrero, pues siendolo contradice el espíritu evangélico que es de mansedumbre y de paz.

Que la causa de la Iglesia es independiente y superior á la de todos los partidos de la tierra, y que el triunfo de sus doctrinas no debe fiarse en la alianza con ninguna política, por haber recibido del cielo elementos de vida propia, la fuerza de la conviccion, cuya arma es la palabra apostólica y cuya fecundidad depende de la gracia divina.

Cuando Jesucristo vino al mundo, el pueblo hebreo tenia planteadas cuestiones políticas de la mas alta importancia; perdida su autonomía, no habia rey en su trono, derechos en sus ciudadanos, y bien podemos decirlo, dignidad en sus instituciones. El cetro de Roma era el oprobio de Jerusalen; sin embargo Jesucristo, que podia explotar obrando segun la prudencia humana las grandes cuestiones políticas que afectaban al pueblo que le oia, quiso eliminarlas de su mision. Y una vez que sus maliciosos émulos querian atraerle al candente terreno de la política, les dió aquella magnífica leccion: *Dad al César lo que es del César, á Dios lo que es de Dios.* Y esto que la dinastía de Israel se hallaba destronada! Muy alto lo repetimos: la Iglesia no necesita la alianza con ningun partido político, la fuerza de la Iglesia está en el vigor de su apostolado.

Siendo estas nuestras convicciones, escelentísimo señor, nos tiene á su lado para combatir á los pocos sacerdotes guerreros que hayan aparecido ó aparezcan en el campo de batalla, pero dignese V. E. en cambio apoyarnos en todo lo que sea facilitar la accion del sacerdote apostólico.

El apóstol necesita libertad; pues ayúdenos V. E. á libertar el ministerio apostólico de las trabas que le sujetan, reminiscencia triste de pasados despotismos, que en ello nada va á perder la constitucion del estado.

El apóstol necesita dignidad; pues proteja V. E. la dignidad del sacerdocio católico, blanco hoy de los tiros desenfrenados de las pasiones impremeditadas; y cuando invocamos la proteccion de V. E., no invocamos la persecucion ni la tortura de los adversarios; invocamos la proteccion moral. Presentesenos al pueblo tales cuales somos; describáse nuestro carácter y nuestra historia, y píntesenos, es decir, píntese al clero en su verdadera actitud, y llámese escepcion á la escepcion, regla general á la regla general.

Y si V. E. nos otorga estas dos cosas legales y naturales, ¿qué quiere V. E. del clero? ¡Oh! cuando

el clero viera garantizada la libertad y la dignidad de su apostolado, piensa V. E. que habria sacrificio que le pareciera duro en cambio de su fortuna? No.

El clero, escelentísimo señor, no es *irreconciliable* ni *ingobernable*; prepárese pues el camino de la reconciliación afectuosa del estado con la Iglesia; no se creen dificultades á cuantos sacerdotes, sabiendo que lo pasado es lo pasado, esperamos que la Iglesia de los siglos puede ser y será la Iglesia del porvenir.

Conserve Dios muchos años la vida de V. E., y concédale el don de su consejo y sabiduría para ejercer dignamente el difícil ministerio á que está llamado. —Barcelona 10 de agosto de 1869.

Eduardo María Vilarrasa. — José Hdefonso Gatell. *Pros.*

LA MONJA DE CRACOVIA.

Fuera del pontificado á nada profesa la revolucion odio mayor que á las comunidades religiosas: lo cual se comprende, puesto que son un esfuerzo de los mas sublimes de la humana libertad, asociaciones en que florecen la verdad y la virtud, que responden perfectamente á grandes necesidades asi individuales como sociales; siendo incalculable, aun bajo el aspecto económico, su benéfica influencia. Compréndese tambien que para combatir las apele, ya que á otros no es posible, á recursos los mas indignos. Ahí está la historia en prueba de ello, ahí está lo que sucede en nuestros dias, ahí lo que sucederá hasta que se hunda en el abismo la última cabeza revolucionaria, aquel á quien la escritura llama el *hijo de perdición*, el *hombre de pecado*. Ahora cabalmente el imperio austriaco está suministrando un nuevo y ruidoso testimonio de lo que acabamos de decir.

Barbara Ubrik, de honrada familia y bien educada, creyéndose llamada á la vida religiosa, pretendió entrar en la orden de la Visitación; pero aunque era persona de ardiente piedad y distinguida bajo muchos aspectos, no llegó á conseguirlo, porque no se adquirió certeza de su vocación. Padecía de escrúpulos en tal grado, que se temió no degenerasen en locura. Presentóse mas tarde en un convento de carmelitas de Cracovia, y sin duda aquel padecimiento moral se hallaba entonces en un período de intermitencia, pues no se le conoció, y fué admitida. Trascorrido algun tiempo, la enfermedad reapareció, fué aumentando, y por fin convirtiéndose en demencia.

Quando una familia tiene el infortunio de que uno de sus miembros pierda la razon, no se resigna sino en último extremo á alejarlo de la casa paterna y ponerlo en una de locos. Las carmelitas de Cracovia, obedeciendo á este sentimiento, juzgaron y no sin razon que su hermana estaria mas bien cuidada por ellas que por mercenarios y en el convento mejor que en un hospital. Deber suyo era atenderla, puesto que por Dios les habia sido confiada; y por mas que la cruz fuese grande, las carmelitas, que para llevar la cruz están formadas no habian de eludirla. Si hubiesen tratado de desembarazarse de ella, si enviasen la enferma á

algun establecimiento público, no dejaria de acusarseles de falta de caridad. La conservaron por tanto á su lado; con la solicitud y precauciones que su estado exigia, entre estas la de tenerla encerrada, por cuanto la enagenación mental era violenta, propiamente furiosa.

Pasaron años y años sin la mas leve queja; pero sea que de algun centro directivo partiesen órdenes apremiantes de aprovechar el primer pretexto, por absurdo que fuese, para una *manifestación anti-monástica* sea otra cualquiera la causa, vino un dia en que judios y protestantes y libre-pensadores se resolvieron á explotar la situación de la infeliz monja. Si habia que estender las mas visible patrañas, no importaba: fanáticos habria que las acogiesen. ¿No acogen las de la Inquisición? ¿no habian acogido las de instrumentos horribles de suplicio en Cádiz y Antequera, las de esqueletos de victimas tras de un altar de Valencia, las de voces de una emparedada en los cimientos de la universidad de Barcelona, la de otra emparedada en un convento de Madrid, las de envenenamientos de fuentes, la de propagación de la peste por medio de maleficios, y tantas otras que fuera interminable referir?

Hase propalado pues que la inocente religiosa habia cometido una grave infracción, y que por esto se hallaba, mas de veinte años hacia, como encajonada en lóbrego, súpicio é infecto chiribitil, sometida á tales privaciones y á tantas atrocidades, que á ser exacto este tratamiento ni el hombre mas robusto lo sufriera veinte dias, porque antes de ellos habria espirado. La invención empero, aunque tan grosera, ha hecho efecto. La autoridad civil abrió el 21 de julio un procedimiento sobre el asunto. Esa parte del pueblo tan extraviada por la revolucion, á la cual sirve de miserable instrumento, alucinóse de tal manera que la noche del 23 y la tarde del 24 se dirigió en tumulto al convento de carmelitas y á otros rompiéndoles las ventanas, y ensañándose especialmente contra los hijos de S. Ignacio, cuya casa atacaron con piedras y asaltaron en medio de silbidos, de ahullidos y de infernal gritería, en que parecia ser palabra de orden la cien veces repetida de *abajo los jesuitas*. En la prensa anti-católica no han faltado ecos. Los anuncios de *Una tragedia claustral en Cracovia*, *Los misterios de los conventos en Cracovia*, *El asalto contra los jesuitas en Cracovia*, *Abajo los conventos*, *La justicia del pueblo en Cracovia*, etc., se han prodigado. Y aun cuando la locura de Barbara Ubrik es evidente, y sobre su cuerpo ninguna señal habia de malos tratamientos, y el lugar de su encierro era bastante bueno para que la autoridad civil la hubiese dejado en él treinta y seis horas despues de haberla visto, el alboroto no ha cesado, y el procedimiento contra las monjas continúa, y se hacen peticiones, y el ayuntamiento de Viena propone la supresión de varios conventos y que los demás queden como una especie de dependencias del estado; y el gobierno austriaco, con cuya complicidad, si no bajo su inspiración, se sospecha haberse urdido esa abominable trama, procura sacar de ella ocasion para retirar por de pronto al convento de carmelitas su subvención anual, sin perjuicio de otras medidas y de acceder á la proposición del ayuntamiento.

Y todavia de las fauces revolucionarias saldrá el grito de *libertad religiosa! libertad de asociación!* Cuánta hipocresía! cuánta audacia y podredumbre!